



# Monsiváis, una evocación

ÁLVARO RUIZ ABREU

A fines de 1974, Jorge Aguilar Mora, mi maestro y amigo en El Colegio de México, me citó en la librería Gandhi recién estrenada en Miguel Ángel de Quevedo; era el mediodía de un mes de calor y bochorno, pero pedimos café bien cargado, mientras esperábamos a un colega de Jorge, que, en efecto, llegó pronto: Carlos Monsiváis, entonces director del suplemento de la revista *Siempre!* Se habló de todo y de nada, pero él le pidió una traducción a Aguilar Mora, y a mí, que me acababa de conocer como estudiante de literatura, una reseña de *México en su novela* de John Brushwood. Antes de despedirnos, Monsiváis hizo un chiste sobre ese gringo que almacenaba como en un directorio telefónico nombres y fechas de la novela mexicana.

Inauguré con esa nota, tal vez injusta contra un libro que seguí consultando las décadas siguientes, una colaboración en *La Cultura en México* que duró muchos años, y una amistad no muy cercana pero frecuente con Carlos Monsiváis, que enseguida me sugirió entregar al “suple” un ensayo sobre José Revueltas. Lo escribí en chinga y con gusto pero no



CARLOS  
MONSIVÁIS  
DEFENDIENDO  
AL MUNDO  
(MAS NO ASÍ  
MISMO)

le pareció adecuado el tono crítico y algo devastador que había usado en el análisis de la obra revueltiana, así que lo rechazó. Sin embargo, seguí colaborando con su publicación, y a él solía verlo en presentaciones de libros, algunos banquetes en el Castillo de Chapultepec, en varios brindis.

Apareció *Amor perdido*, y la verdad, los jóvenes de entonces nos prendimos con esas crónicas, de la ironía implícita, del estilo devorador y entrecortado del autor. En 1977, entré a la UAM-Xochimilco a dar clases de literatura y periodismo en la carrera de Comunicación Social, y las primeras crónicas que leyeron mis alumnos fueron *La rumba es cultura* de Monsiváis, que tanto disfrutaron los chicos porque la era de la salsa había comenzado de la mano de él. Desde entonces no lo soltamos, era nuestro guía —mío, de alumnos y de otros colegas uameros— en materia de periodismo crítico, que sentíamos disidente, siempre lleno de humor y de gracia. Y para confirmar la voz —y la letra— de nuestro autor de moda, lo invitamos a la clase y una mañana fuimos allá por Tlalpan, en la San Simón, a recogerlo.

Su presencia despertó mucha curiosidad e impaciencia por lo que diría el cronista sabio, que todos conocían por sus textos en periódicos y revistas; Monsiváis miró de frente a los alumnos, hizo algunos chistes sobre la ciudad y el PRI y dijo que los comunicólogos eran una nueva raza de tecnócratas que resumían el quehacer informativo en recetas venidas de Francia, y que habían olvidado la pluma de los liberales, verdaderos artífices del periodismo literario, crítico y de calidad en México. Él sabía y manejaba bien a su auditorio, así es que fue hablando de Marshall McLuhan, a quien calificó como un investigador serio y controvertido de los *mass media*, hasta que llegó a su objetivo:

Armand Mattelart, a quien con sus frases sarcásticas y bien afiladas puso en el altar de la facilidad teórica y metodológica de la teoría de la comunicación; es, sin duda, estarán de acuerdo conmigo ustedes y sus profesores, el teórico menos preparado y más resbaloso de la escuela francesa, lo más gris, dijo, que ha parido la tierra de Flaubert.

Las risas estallaron, nerviosas, inciertas, las miradas de los chicos no sabían dónde posarse, y los profesores que habían venido a escucharlo se quedaron mudos. Mattelart en la UAM-Xochimilco era una especie de semidiós de la teoría de la comunicación, el pensador que había revolucionado el mundo de la información con su mirada crítica en las imágenes que esparcía el capitalismo, a través del Pato Donald y otros símbolos, ¿cómo era posible que Monsiváis viniera a bajarlo de su pedestal y a hacerlo trizas?

Su libro *A ustedes les consta* (1980), que era una versión ampliada de *Antología de la crónica en México*, se volvió el texto de consulta obligada durante muchos años, la enciclopedia de ese género tan variado y rico en posibilidades expresivas que tanto impulsó Monsiváis, siguiendo muy de cerca a los miembros del Nuevo Periodismo, Mailer y Capote, sobre todo, aunque también a Tom Wolfe, a quien tradujo. De los críticos y estudiosos que han intentado desentrañar el sentido y la forma de la vasta obra de Monsiváis, nadie pudo lograrlo con el acierto, la amenidad y la inteligencia como la norteamericana Linda Egan; en su libro *Leyendo a Monsiváis* (2013) aparece la verdadera dimensión del autor de *Amor perdido*: “Carlos Monsiváis había sido un escritor, intelectual, crítico y celebridad pública de un talento extraordinario y una lealtad ética que México no volvería a conocer”. ●

Coyoacán D. F. 1º de junio de 2020